

CRÍTICA DE LIBROS

Gabriela Benza y Gabriel Kessler, *La ¿nueva? estructura social de América Latina. Cambios y persistencias de la ola de gobiernos progresistas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, 198 pp.

Una tentación frecuente a la hora de interpretar las transformaciones de la estructura social en América Latina es la de tomar cada país como si sus caminos estuvieran desligados de los del resto del continente. Uno de los rasgos sustantivos de este libro de Gabriela Benza y Gabriel Kessler es el de adoptar una mirada panorámica sobre las transformaciones sociales de los países latinoamericanos en los primeros 15 años del siglo XXI. De manera inédita, dicen los autores, dos tercios de la población de América Latina estuvo gobernada en algún momento por gobiernos de izquierda, centro izquierda o nacional-populares en los últimos 20 años. Estos gobiernos adoptaron medidas que pretendieron revertir tendencias del ciclo neoliberal precedente.

La cuestión del éxito o fracaso del ciclo progresista es, posiblemente, uno de los temas más candentes en cualquier mesa de discusión sobre América Latina. Jalado por los extremos de las pasiones políticas, el ciclo progresista es exaltado como un momento luminoso en la historia de los pueblos por sus exégetas. Los detractores, en cambio, señalan inmisericordes el inventario de fracasos de estos gobiernos. La mirada panorámica de Benza y Kessler permite poner paños fríos a la discusión y detenerse en las tendencias de largo plazo, los virajes recientes propiciados por los cambios en la política pública, los resultados alcanzados en este periodo y las asignaturas en las que cambios son todavía una deuda.

Establecida la tarea de ensayar una mirada panorámica sobre América Latina, los autores van a mostrar a lo largo de todo el trabajo un conjunto de datos que permite ubicar las diferencias entre los países estudiados. Así, a la vez que se procura mostrar el bosque, también es posible distinguir dónde están los árboles. Para cualquier estudioso informado de América Latina, por

ejemplo, no será difícil señalar que Chile tiene mejores indicadores sociales que Paraguay o Haití. Pero a lo largo del libro esas cosas sabidas son expuestas ostensiblemente de tal modo que se pueden apreciar las magnitudes de esas diferencias, pero además si se han achicado de una manera significativa o no. Así, el libro es eficiente en mostrar un mapa de la situación de la estructura social en América Latina. En el libro, la estructura social es analizada a partir de tres núcleos: población, ingresos y accesos a educación, salud y vivienda.

La preponderancia urbana de América Latina era una característica conocida y contrastante con Asia o África, pero no deja de tener interés el hecho de que se trate de una región incluso más urbanizada que Europa. La tendencia no ha cejado en intensidad, pero dada la realidad social supone también que grandes problemas de exclusión y pobreza se han trasladado junto a los migrantes del campo a la ciudad. Del mismo modo, poblaciones que se identifican como vulnerables, ya sea indígenas o afrodescendientes, tienen una realidad urbana que invita a actualizar los marcos conceptuales con los cuales se formulan sus problemáticas.

Lo anterior interactúa con otras características más generales. Si bien la transición demográfica era un proceso muy avanzado ya en el siglo XX en la Argentina o, un poco posteriormente, en México, es notable que hay países que todavía no concluyen este proceso. Son países en los que, además, se constata la existencia de poblaciones indígenas que todavía mantienen altos niveles de fecundidad, más alta que sus contrapartes no indígenas. Esto muestra que los accesos, por ejemplo, a derechos y salud reproductiva, siguen desigualmente distribuidos y que la ciudad se convierte en un mosaico muy poco armónico en cuanto a las experiencias que puede albergar.

Los gobiernos del ciclo progresista reconocieron que la atención de estos problemas, así como otros de laya semejante, era su responsabilidad. Es decir, se hizo bandera de que las desigualdades, la distribución de la riqueza y el acceso a los servicios básicos eran cuestiones que caían dentro de sus competencias. En ello se distanciaron de la ortodoxia liberal, que se había desentendido de esos temas. Los autores destacan, y este es uno de sus argumentos centrales, que el mayor avance de aquellos gobiernos se cuenta en términos de reconocimiento de los sujetos de derecho y de acciones que aproximaron el Estado a las poblaciones vulnerables. Pero lo que fue un éxito en términos de reconocimiento y de inclusión no lo fue igualmente si hablamos de reversión de las tendencias que hacen de la región la más desigual del mundo. Si bien se trató de intervenir en las inequidades en el mundo del trabajo y, por ejemplo, se ampliaron coberturas no convencionales para el bienestar de trabajadores no contribuyentes, los resultados fueron discretos.

De lo anterior se podría concluir que los gobiernos progresistas desaprovecharon el contexto del boom de *commodities*. Pero al pasar revista a otros momentos de coyuntura internacional favorable, los autores son muy convincentes en exponer que otros contextos de bonanza no solo no sirvieron para reducir la desigualdad, sino que en los hechos fueron un trampolín para el crecimiento de la misma. Dicen los autores que “la igualdad es muy exigente. La igualdad no solo exige medidas que eleven las condiciones de vida de la población de menores ingresos (...) sino también medidas que reduzcan la elevada concentración del ingreso y del patrimonio” (p. 89). Lo anterior no en el sentido de esa mentada “igualación hacia abajo”, sino en el reconocimiento de que las dinámicas de los mercados de trabajo en el continente han demostrado ser inconvertibles en precarizar a muchos y consolidar a pocos, o como dice Juan Pablo Pérez Sainz, de la persistencia del trabajo que no deviene empleo.

Recurrentemente en el texto se vuelve a una cuestión espinosa: ¿Las transformaciones en la estructura social de América Latina no han sido consecuencia de tendencias que habían arrancado a mediados del siglo XX más que el efecto de decisiones recientes? La cuestión no es menor porque nos hace preguntarnos por la magnitud del efecto que tiene la política pública en el corto plazo. Los coeficientes de Gini en los países de la región bajaron en los años recientes, pero no tanto como para cerrar la brecha con otras regiones.

Otro conjunto de problemas nuevos se encuentra en cuestiones que han llegado a una aparente solución pero han dejado otras tareas pendientes. La cobertura educativa podría ilustrar ese punto, ya que los aumentos progresivos del alcance de la educación han mantenido un ritmo seguro que hoy puede presumir sus números. En ese respecto ya no se trata tanto de si los niños van a la escuela, sino de determinar si los procesos pedagógicos en los que están inmersos les permiten aprender de una manera eficiente. Y en ello la calidad de la educación y su desigual distribución a lo largo de los sistemas de enseñanza reemplazan el problema de la cobertura.

El libro explora los temas de la salud y la vivienda bajo el mismo esquema de análisis: revisión de las tendencias históricas, efecto de las políticas públicas recientes, evaluación de los números alcanzados e identificación de problemas irresueltos. Por ese camino, los autores pintan un fresco de la actualidad en el que queda retratado además el vínculo entre varios temas puntuales con un tronco común de problemas y tendencias que son compartidos por nuestros países. Esta base de conocimiento y datos actuales han servido además para incluir un capítulo sobre los efectos del Covid-19 en la región. En ello hay que destacar que la amplitud de problemáticas planteadas se convirtió en interesante fundamento para reflexionar y ofrecer un marco de

trabajo sobre los efectos que terminará por tener la pandemia, algo que, en todo caso, todavía es una tarea por desarrollar.

EDUARDO PAZ GONZALES

Universidad Mayor de San Andrés

epaz@colmex.mx